

Nos hemos encontrado con Jesús

Testimonios

4

Entró en la barca y amainó el viento

Es la hora de la seguridad de la fe que en la tormenta cobra tonos de majestuosa serenidad.

1. «No sabía qué hacer conmigo misma»

Muchas experiencias personales vividas en torno a la lectura de la Sagrada Escritura, o de la «Palabra», o de «la Lectio», como nos gusta llamarla hoy, se han ido escalonando en mi vida y podría compartir con las hermanas, ya que algunas las tengo incluso apuntadas, por el bien que en su momento hicieron a mi alma. Cuando ahora, ya pasados los años, las vuelvo a leer, todavía me siguen alentando y reconfortando. Pero son demasiado personales, demasiado bellas, demasiado íntimas, para que no queden en el anonimato y en el corazón de Dios. Sólo una transcribo.

En cierta ocasión me retiraba a la celda por la noche, después del rezo del Oficio de Lectura. Subía mal, muy mal en el cuerpo y en el alma. La angustia y las tinieblas me envolvían y de nada me servía acudir al Santísimo y a la oración, que nada me decían ni sabía qué hacer conmigo misma. En esta situación acudí a la «Palabra», seguro que sin esperanza de encontrar ningún alivio, según eran densas mis tinieblas. Tenía a mi lado un Misal y lo abrí al azar, buscando algún alivio. Cayeron mis ojos sobre un texto de Isaías, 30,20-21 del que nunca me había apercibido. Dice así (según la traducción que lo leí): «Y antes te dará el Señor el pan del dolor y el agua de la tribulación, pero después hará que jamás se aleje de ti tu maestro, y tus ojos estarán viendo siempre a tu maestro. Escuchen tus oídos sus palabras, cuando yendo tras de ti, te grite: «Este es el camino, andad por él: no torzáis ni a la derecha ni a la izquierda». En un instante quedaron disipadas todas las tinieblas y la paz y el gozo se hicieron en mi alma. También los dolores de mi cuerpo se aliviaron. Ojalá estas pequeñas experiencias compartidas nos sigan animando a seguir escrutando las Escrituras y descubriendo en ellas el «Conocimiento profundo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, Vida y Salvación nuestra.

2. «...me sentía agobiada y angustiada...»

En una temporada bastante difícil que me tocó vivir hace unos años, me sentía agobiada y angustiada por las circunstancias desagradables de cada día, y por el temor de lo que pudieran pensar o decir de mí. Entonces fue cuando recordé el Evangelio de san Juan (Jn 21,17) en que Jesús interroga por tercera vez a san Pedro, y él entristecido por esta reiterada pregunta le contestó: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero». Este pasaje, mil veces leído, fue entonces para mí una luz que se encendió. Se lo repetí al Señor, y puedo asegurar que desde entonces disfruto de una tranquilidad y de una libertad interiores indecibles ante cualquier acontecimiento de la vida. Y no sólo entonces, porque se me han grabado de tal forma, que casi las he hecho mías, y en cualquier ocasión que me ocurra digo al Señor: «Tú lo sabes todo, y sabes que te amo» y experimento que ellas sostienen mi vida.

Otra experiencia recuerdo anterior a ésta. Siempre he sentido la necesidad de tener un hermano. Mis padres, antes que a mí, iban a tener un hijo varón, pero no lo lograron, pues el niño murió antes de nacer. Pues a mí misma me asombra hasta qué punto he soñado yo a este

hermano. Cuando veía y oía a otras personas, incluso religiosas, que hablaban de sus hermanos, que recibían cariño y atenciones, siempre pensaba: ¡Si yo tuviera a mi hermano!

Hasta que un buen día leí en la palabra de Dios, Mateo 12,48 y siguientes que Jesús dijo en cierta ocasión: «Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» En un momento cayeron todas mis añoranzas fraternas. Experimenté que Jesús también es mi hermano. Sólo tengo que vivir, desde mi pequeñez y pobreza, intentando cumplir cada día la voluntad del Padre, sin desanimarme por mis muchas faltas e imperfecciones, para que Jesús sea, además de mi Dios, mi Esposo, mi Señor, también mi HERMANO. Jamás he vuelto a sentir en mi vida la más mínima añoranza ni pena por este motivo. Él es mi todo.

3. «...es ayuda y fuerza en los momentos difíciles...»

Para mí, la Palabra es Dios mismo, es tener la gracia de tener plasmado por escrito su sentir, su actuar, su pensar sobre el ser humano, su voluntad sobre mí; es más, a mí la llamada a la vocación me vino por medio de la Palabra: Fue Jn 6, 38 : «Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado». Cuando leí esta Palabra, después de mucha resistencia, pues no quería ser monja, el tema vocación religiosa no me interesaba para nada.

Como dice San Agustín: «hasta que Él quebrantó mi sordera»; y comprendí que era voluntad suya, el que yo fuese monja contemplativa, y que aquí en la tierra estamos no para hacer nuestra propia voluntad, sino la del Padre, como la hizo también Jesús en medio de nosotros , y además porque en el cumplimiento de ésta su Voluntad está la vida y felicidad del hombre.

La Palabra es para mí ayuda y fuerza en los momentos difíciles. Muchas veces, cuando estoy afligida al ver mis pobrezas, el hecho de encontrarme con palabras como: «Venid a Mí, todos los que estáis fatigados y sobrecargados que Yo os aliviaré» (Mt 11,28), o también: «Todos los sedientos id por agua, y los que no tenéis plata venid, comprad y comed sin pagar vino y leche; ¿por qué gastar plata en lo que no es pan, y vuestro jornal en lo que no sacia?.» Llevando esta Palabra a mi vida es como si escuchase dentro de mí: espera, confía, ten paciencia, es gratis, Yo lo haré, mi gracia te basta.

La Palabra en mí es luz cuando no se cómo actuar, entonces, pidiendo el auxilio del Espíritu Santo, tomo los Evangelios y con actitud suplicante le ruego al Señor: dame una Palabra que ilumine mis tinieblas; abro al azar y acepto la Palabra que me sale, que por lo general es muy iluminativa de cara a la situación que esté viviendo.

La Palabra de Dios para mí es sobre todo la certeza de que tengo a Alguien que me escruta, me conoce, que siempre está dispuesto a escucharme y a responder mis dudas , trabajos, inquietudes y desconsuelos .

«Si pasas por las aguas, Yo estoy contigo, si por los ríos no te anegarán; si andas por el fuego no te quemarás ,ni la llama prenderá en ti» (Is 43,2).

Otra vez me dice el Señor: Yo voy por delante, cree en Mí, confía.

Y también en Ezequiel: «Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne.» (Ez 36, 26). Sí, un corazón nuevo capaz de conocer a Dios , porque Yo el Señor reconstruiré tu corazón .» Pondré mi ley en tu interior y sobre tu corazón la escribiré». (Jer 31,31).

Alianza eterna, Él es Fiel, Él mismo lo hará, se me entrega a mí, son promesas cumplidas perfectamente ya, en Jesucristo, mi Esposo, y a realizar en mí, en esperanza.

Poco a poco, la Palabra de Dios se ha hecho en mí promesas y deseos . Es también fuente

de conocimiento propio y de denuncia frente a mis incapacidades, debilidades y pecados.

4. «La Palabra de Dios me acompaña»

Mc 14, 36: «¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieres tú.»

Esta Palabra me acompaña mucho tiempo, y hace su «acto de presencia» en esos momentos difíciles en que la voluntad de Dios se presenta, ante nosotros, con mayor dureza e ineludible. Se desea cumplir esa voluntad, pero todo el ser se resiste. En ocasiones así he vuelto la mirada a Jesucristo en el Huerto de los Olivos y él me ha acompañado, en medio de su gran sufrimiento, pero incondicional a la voluntad del Padre, haciéndome repetir con él sus mismas palabras.

Haya pasado o no el cáliz, siempre he encontrado paz y fortaleza.

En una ocasión, un sufrimiento me impidió dormir casi toda la noche. Por la mañana me dirigía a la Eucaristía, y oré con este versículo. Mi ánimo se calmó súbitamente. Posteriormente he recordado que Jesús, después de hacer esta oración, se entregó, sin lucha, a la Pasión, como Señor de su historia.

5. «...aquí me tienes para todo lo que tu quieras hacer con tu hija...»

Nuestra Hermana decana,- escriben desde una comunidad-, asidua lectora y orante de la Palabra nos dice:

Entre todas las frases de la Escritura yo escojo esta de Marcos 8, 34-35.: «Jesús, llamando a las muchedumbres junto con sus discípulos, les dijo: 'Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame'».

Cuando Jesús dijo estas palabras, Él tenía presente sus afrentas y muerte de cruz. Por eso nos dice a los que le seguimos en nuestra vida mortal –ahora me lo dice a mí– que tengo que cargar con la cruz dc cada día, pequeña o grande, pues la vida cristiana vivida como Dios nos manda, con todas sus exigencias es una cruz. Él no nos pide un entusiasmo pasajero y dulzón, lo que nos pide es nuestro amor, que exige renuncia de sí mismo, y cargar cada día con lo que nos cuesta.

Sí, Jesús, Tú sabes que mi deseo es seguir tus pasos, acompañarte en todos los instantes de la vida, aunque tenga que chillar y morder los labios. Aquí me tienes para todo lo que Tú quieras hacer con tu hija M^a PAZ.